

CEMENTERIO DE SAN VICENTE

INFORME 2003

Equipo Argentino
de Antropología Forense
(EAAF)



Colección
40 Años de Democracia

1983/2023

Cementerio de San Vicente

Informe 2003

Equipo Argentino de
Antropología Forense (EAAF)

Editorial
Filosofía y Humanidades UNC

**Área de
Publicaciones**

ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades UNC



Cementerio de San Vicente. Informe 2003/ Cecilia Ayerdi... [et al.]; compilación de Darío Olmo. - 2a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF - (40 Años de Democracia/ Mariana Tello)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1772-3

1. Antropología Forense. 2. Derechos Humanos. I. Ayerdi, Cecilia. II. Olmo, Darío, comp.

CDD 323.04

Área de Publicaciones

1ª ed.- Córdoba: Ferryra Editor, 2005.

© Equipo Argentino de Antropología Forense, 2005

ISBN N°987-1110-34-0

A la fecha en que se elaboró este informe el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) estaba integrado por los siguientes miembros: Cecilia Ayerdi, Patricia Bernardi, Daniel Bustamante, Andrea Del Río, Mimí Doretti, Sofía Egaña, Luis Fondebrider, Anahí Ginarte, Rafael Mazzella, Miguel Nieva, Darío Olmo, Maco Somigiana y Silvana Turner.

Colaboradores en el Proyecto Córdoba: Claudia Bisso, Lorena Campos, Alejandra Ibáñez y Mercedes Salado Puerto.

Compilador: Darío Olmo

Fotografías: Anahí Ginarte y Miguel Nievas

Diagramación y diseño de esta edición: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



El pozo del pasado

La primera identificación de uno de los NN exhumados de la fosa común del cementerio de San Vicente, de la ciudad de Córdoba, y las fotografías distribuidas por el Equipo Argentino de Antropología Forense donde pueden verse cadáveres atados en pies y manos, nos asoman al hondo pozo del pasado. Las exhumaciones que comenzaron en diciembre de 2002 permitieron establecer que uno de los esqueletos encontrados allí correspondía a Mario Osatinsky, muerto el 25 de marzo de 1976 a los 18 años, en La Serranita, cerca de Alta Gracia.

Así enunciado, el hecho puede no suscitar mayor resonancia, pero a poco que se haya vivido en nuestro país por esos años y se haya transitado por sus calles, las ondas concéntricas de la memoria se expandirán irresistiblemente.

Mario Osatinsky era miembro de una familia nuclear de la cual sólo sobrevive hoy la madre, Sara Solarz de Osatinsky. Su esposo, Marcos Osatinsky, uno de los jefes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y sus dos hijos Mario y José, este último de 15 años, fueron eliminados por los grupos de tareas de la represión militar.

Ella misma fue víctima de torturas reiteradas, físicas y psicológicas, durante el período en que permaneció “chupada” en la Escuela de Mecánica de la Armada, hasta que finalmente se la expulsó del país con destino a Francia.

Hay que ponerse mentalmente en el lugar de alguien que sufrió semejante peripecia para empezar a percibir la sensación de horrendo vacío que esa amputación de lo más preciado que hay en la vida puede generar en la existencia de una persona. Y también para

empezar a entrever la dimensión del abismo al que fue arrojada la sociedad argentina durante esos años atroces.

Decimos percibir y entrever, porque comprender es difícil.

Es verdad que el país estaba sumido en una guerra civil larvada, punteada de episodios horribles, que no eran atribuibles a un solo bando; pero la escala de la provocación realizada por los sectores subversivos jamás pudo haber justificado la magnitud, crueldad y bestialidad de la respuesta.

El régimen instalado por la dictadura militar realmente destruyó las expectativas históricas del país, hasta extremos de los que no podemos estar seguros todavía. No sólo por la destrucción institucional que fomentó, ni por el carácter funcional que revistió respecto del comienzo de un endeudamiento perverso que corrompió la economía, sino sobre todo por su cobardía, que se amparó en las sombras y el anonimato para perpetrar el extermínio de una generación.

Más allá del número de desaparecidos, más allá del dolor, incluso, lo que aflora de ese período aterrador como su remanente más repugnante es el hecho de que quienes cometían esos actos atroces creían tan poco en la justicia de su causa, estaban tan imbuidos de egoísmo y tan asustados que lo único que se les ocurría hacer era contagiar al país todo del miedo que sentían.

Para ello, apelaron al terror difuso, nocturno, miserable, practicado desde arriba y entre bastidores, sin tener el coraje de llevar a juicio siquiera a uno de los que ellos entendían eran los agentes de la subversión y a los que juzgaban incursos en el crimen de lesa patria.

Hacerlo, por supuesto, hubiera implicado oponer los argumentos a los argumentos o bien, incluso si no se hubiera dado este caso, firmar las sentencias y hacerse responsables de sus propios actos frente a la sociedad civil y a la historia.

Se supone que esa debería ser la aspiración máxima de quienes se proponen como salvadores de la patria; pero, desdichadamente, ese no fue el caso.

La Argentina debe convivir con ese horrible pasado y no negarlo. No negarlo, incluso, como muchos hacen, haciendo recaer todas las culpas sobre los meros ejecutores. La responsabilidad social, aunque en muy diferente grado, nos compete a todos. En algunos, por sus crímenes expresos. En la gran mayoría, por el pecado de omisión que

se cometió y se comete aún, frecuentemente, como consecuencia de la falta de injerencia en la cosa pública.

Por ese “y a mí que me importa” que tácitamente pronuncian muchos por lo bajo cuando se deben evaluar las orientaciones del quehacer político, económico y cultural de la nación. O, incluso, cuando se deben juzgar las actitudes sociales de los meros individuos, al vacilar en hacer expreso el reproche que pueden merecer el error, el delito o la torpeza en que están incurriendo.

El “no te metás” fue el dicho más vergonzantemente popular entre nosotros, durante mucho tiempo.

Ya vimos adónde nos puso. Es hora de aprender del pasado para no rehuir nuevamente un ponderado compromiso. Él puede vacunarnos contra futuros horrores.